



CAPITULO III

Cómo fué el caso

PEPE Brambila había venido al mundo cuando nadie le esperaba: el menor de sus hermanos tenía ya diez años largos de talle, la madre había pasado de los cuarenta y se había perdido en la casa la costumbre de mimar chicuelos cuando se anunció la aparición del nuevo, no sé si con susto ó con alegría.

Su infancia había sido la de un rapaz cacoquimio, mimado, achacoso y antojadizo: el aire le dolía, la luz le hacía daño, no podía comer cosa sin sentirse propenso á congestiones y cólicos, y duraba semanas enteras en cama, con horribles dolores de cabeza que se resolvían en basca, aplanamiento y sedación horribles.

Nadie pensaba que Pepe pudiera vivir, y cuando se quería amenazar á los otros chicos, poniéndoles de mani-

fiesto los males de la gula ó de la desobediencia, los padres decían sin falta: «Come lo que quieras, condenado, haz lo que se te antoje, indecente, que cuando te veas como el hijo de Antoñita Amador, no he de ser yo quien te cure.»

Y lo cierto era que sin ser un Vitelio, como le pintaban aquellas excelentes mujerucas, sí solía cometer desafueros alimenticios que después lloraba tristemente: tenía una inmensa afición á las golosinas, y no había cajeta, arrope, mermelada, leche, conserva, tirilla, fruta en dulce ó chocolate que el chiquillo no saqueara con habilidad digna de un Rojas ó de un Juan Chávez. Todavía recordaba las noches que su pobre madre pasaba cerca de su lecho, haciéndole tragar el agua de sal, el aceite de castor, la magnesia, el marrubio y las tres lejías.

Se acostaba en paz y en gracia de Dios; pero apenas se dormía empezaba á soñar que la iluminación del palacio, con sus mecheros de manteca y sus quinqués de aguarrás, se le aposentaba en el estómago con inmensa pesadumbre y que por allí le corrían gentes en traje de gala, chicos saltarines, pelados borrachos y música que tocaba el himno de Herz, hasta que la aglomeración de tantas cosas le obligaba á arrojar con estrépito edificios, iluminación, gentes y música...

Cuando despertaba veía á su madre que le decía sin falta:

—¿Lo ves, hijo? ¡Si la nogada es veneno para ti! Cuando uno te dice las cosas...

Brambila recordaba aquella su infancia achacosa y se veía á sí mismo con sus ojillos veteados de rojo, su color quebrado, sus piernas flacuchas, sus trajecillos á cuadros y su malhumor retratado en el gesto de viejo ochentón. Siempre metido en casa, resguardándose de las ráfagas del viento, de las acometidas de la humedad, del relente de la noche y del frío de la madrugada, jamás salió al patio antes de las doce del día, ni se entró en su cuarto después de las cinco de la tarde, hora en que «ya empezaba á caer sereno».

Se acordaba, como si fuera cosa del día anterior, de algo que sus amigos creían asunto de guasa y chacota: un día le llevaron á una casa amiga á ver la procesión del Corpus; los padres se entretuvieron conversando con las damas de alto copete que estaban en el salón; en seguida llegó de visita no sé si el gobernador del Estado ó el obispo de la diócesis; á la señora le fué imposible salir cuando quería, y allí tuvo que permanecer hasta que se retiraron los personajes.

Cuando salió la madre, muerta de aflicción y figurándose cincuenta mil catástrofes, halló á Pepe, ¡quién lo diría! embobado ante un espectáculo nuevo y que en su ignorancia pensó formaba parte de los primores del día: la tierra estaba bañada por una claridad suave y melan-

cólica, más indecisa que la del sol, pero de un encanto tal, que los segmentos iluminados y los opacos parecían coincidir, sin que se supiera dónde empezaba la sombra y dónde concluía la claridad. Y á lo lejos calles, edificios, conventos, iglesias, azoteas, torres y cúpulas parecían



envueltos en un manto de oro tejido al mismo tiempo de misterio y de melancolía. Arriba bogaba majestuosamente como enorme barco de nácar, un globo que llevaba tras sí un cortejo de luceros.

—¡Hijo, por Dios, vámonos ya, que nos ha cantado el pajarito de la gloria! ¿Qué hacías aquí, angelito de mi alma, expuesto á coger un resfriado ó un tabardillo? Hubieras

pedido tu bufanda ó tu capita ó tu gorra ó todo junto. No sabía qué hacer de la pena: por poco pido permiso á Su Ilustrísima y me salgo á verte, criatura del Señor.

Y Pepe, con el alma llena de ensueño y los ojos encantados:

— Quiero ver eso... Quiero verlo...

— ¿La luna, las estrellas? ¡Pero si eso sale siempre, es cosa de todas las noches!... Ya lo verás una en que no amenace lluvia, ni haga frío, ni caiga sereno, ni tengamos prisa... ya lo verás... Daca la manita y embózate en tu capote... Así.

Y echó á andar repitiendo como un necio:

— Quiero verlo, quiero verlo.

A los diez años cayó en cama enfermo de croup: le curaron con sangrías, vomitivos, vejigatorios, kermes, azufre dorado, antimonio y calomel, sin contar las infusiones de *polygala senega*, antes ó después de aquellos brebajes. Salvó la vida contra el parecer de los médicos y á pesar de las medicinas.

En su casa, bajo la dirección de un lego de la Merced, aprendió á *decorar*, á leer en carta, las cuatro reglas y un poquito de Nebrija, hasta *verbitos*. Mas como sus padres no gustaban de que estudiara logomaquias que acabarían por calentarle el cerebro, le dejaron campar por sus respetos en el caserón destartelado que servía de albergue á las personas y á las cajas, peinazos, cajetines, prensas y demás enseres de la imprenta.

Era Brambila padre, hombre afecto á la lectura, y en los libros que guardaban dos armarios muy capaces solía enfrascarse el hijo en amores y aventuras que le suspendían el ánimo y le alegraban el gusto. Allí leyó el *Periquillo*, que por cierto encontró muy poco de su agrado;

allí anduvo por las selvas americanas en compañía de Atala y del triste Chactas; contempló la barba y la nariz reflexivas del padre Aubry; visitó á Venecia en compañía de los héroes de Jorge Sand; se lamentó con el *Solitario* de D'Arincourt; lloró con Dea, se encantó con Esmeralda, padeció con Claudio Frollo, sufrió el martirio con Eudoro y con Cimodocea, amó con Graziela y soñó con Rafael. También vosotras, vírgenes ossiánicas, le hicisteis oír el rumor de vuestras arpas tañidas al son de la tempestad; vosotras, Adriana, Flor de María, Blanca, Julia y Virginia fuisteis las compañeras de su vida; y vosotras, Clarisa, Pamela y Evelina, le disteis el opio de vuestros discreteos y de vuestras lágrimas, en aquellos tomos de cartas en que no pasa nada, y en que apenas se refiere la vida que se llevaba en los aislados castillos que tienen por espectáculos el cielo siempre azul, la pradera siempre verde y el lago siempre espejeante y tranquilo...

El médico había prohibido que el muchacho se aproximara á esas fuentes venenosas y el padre seguía al pie de la letra la opinión del médico; pero la madre, que no creía pudiera dañar á nadie tarea tan pacífica como la de leer, ya que toda la fatiga consistía en estar sentado cerca de una ventana ó á la sombra de un árbol, fomentaba aquella inclinación, que llegó á convertirse en vicio tremendo y asolador.

Con sus ahorrillos se procuraba velas de sebo, encendidas las ocultaba debajo de un cántaro agujereado y se pasaba las noches leyendo los horrores que contenían los tomazos que caían en su poder. A menudo se despertaba á media noche, trasudando, fatigado, diciendo á gritos injurias ó palabras de reto contra el maldito jesuitón Rodín, contra el perseguidor de cristianos Hierocles, ó contra el infame y arrastrado Mr. Prior, que desempeñaba el papel de perturbafiestas en un novelón llamado Malvina, que parece se había escrito para Pepe, pues que nadie más lo ha leído ni ha habido en el mundo otro ejemplar que el que poseyó aquél.

La madre de Pepe (Dios la tenga en su santo reino: era la criatura mejor del mundo) pertenecía á la familia de los Amadores. Los Amadores eran famosos á causa de su reputación de enamorados, pues no había nadie de aquel glorioso apellido que no arrastrara consigo una cauda inmensa de triunfos, caídas, aventuras, ganancias y desazones amorosas. Se decía en la tierra: «galante como un Amador», «es un Amador», «pareces de la familia de los Amadores», como en todas partes se dice: «es un Tenorio, un Mañara, un don Juan, un Lovelace, un Macías».

Ya se sabía; luego que se averiguaban el amartelamiento de dos novios, un rapto, un suicidio, unas cuchilladas, un desplante amoroso, se echaba á volar la erudi-

ción y la fantasía de los viejos, y ora á la vista, en las ramas lozanas y floridas, ora en las más ocultas y distantes, de manera que se necesitaba toda la habilidad del mundo para encaramarse á ellas, se resolvía con absoluta seguridad: «Pero si es un Amador». «Pero si aquí andan los Amadores». «Claro, como que descende de los famosísimos Amadores»... Y así se explicaban, se legitimaban y hasta se canonizaban todos los desafueros y todos los horrores imaginables.

Decíase que el abuelo se había robado una monja capuchina y que había vivido á su lado en el seno de una sierra abrupta y enriscada; del tío Juan se contaba que se había robado á tres mujeres casadas; de la tía Antonia, que se había roto una pierna al descender por un balcón por haberse desatado la sábana que le servía de escala, y que todavía tuvo fuerzas para seguir á su amante y vivir con él. Pepe la recordaba bien: era alta, fresca, alegre y briosa, y le sentaban muy bien la diadema de cabellos canos, que contrastaba con su tez rosada y con la casi imperceptible cojera que recordaba su hazaña.

Tío de Brambila era Juan Antúnez, que recibió seis tiros de mano del marido de una señora á quien se robaba, y que á los dos meses, cuando las heridas estaban sin cicatrizar, cumplió su mal deseo llevándose á la interesada á no sé qué pueblo distante.

Era su primo el padre Vaca, que ahorcó los hábitos y

se dió á vivir alegremente con la más bella de sus hijas de confesión...

En fin, que sería interminable la lista de los arrestados y maleantes enamorados y valientes que hubo en aquella casa. A todos les inspiraba no sé qué musa soñadora y romántica que les ponía en trance de hacer los más deliciosos disparates por amor.

Compañera de la infancia de Pepe fué su prima Flavia, Flavia Martínez, como la llamaban por haber vivido algunos años con su abuela materna, ó Flavia Amador, como en realidad debía apellidarse. Era hija de don Rafael Amador, tío del muchacho y de una bella y devota dama que se escurrió hasta esa fragilidad, expiando con muchas y enormes penitencias aquel paso desastroso que había venido á dislocar y entristecer su vida.

El tío Rafael murió de cólera el año 33, doña Sinfoniana (de esta fea manera se llamaba aquella guapa señora) le siguió á poco; años más tarde la abuelita también pudría, y entonces Brambila llevó á Flavia á su casa, pues no importaba tanto el bien parecer como resguardar á la niña de posibles asechanzas.

Los dos hijos mayores del matrimonio se habían marchado á la bonanza de California, el tercero había muerto en la Resaca, las tres hermanas de Pepe eran casadas y tenían ya numerosa y masculina sucesión; Flavia y Pepe, pues, eran los dueños del cotarro, los señores indiscutibles

de la casa, la cual volvían de revés con las travesuras que inventaban sin cesar. Ya subían á una azotea para lanzar chinitas á los transeuntes, ya se entretenían en echarles salivas, ya en arrojarles un pañuelo, una moneda ó una fruta atados de un hilo que retiraban en el instante que algún papanatas iba á cogerles.

Flavia era alta, blanca, gruesa, con unos ojazos que relucían como estrellas y en toda su persona un aspecto de salud, de goce, de equilibrio, que daba gloria verla. Le llevaba á su primo diez años de edad y media vara de estatura, y al contemplar sus carnes apretadas, su cutis de rosas y las turgencias que se le dibujaban á través de las fundas que se llamaban *túnicos*, hasta el más casto se sentía arder de furia amorosa, como bestia en celo.

La muchacha era de la piel de Judas: no gustaba de coser, bordar, tejer, escribir ó sacar cuentas; sólo sentía satisfacción en lavar, planchar, sacudir techos y paredes, mudar muebles de su sitio, clavar estacas, armar tinajeros, escalar puertas y ventanas, fregotear, jabonar y baldear suelos armada de cuchillos despuntados, de estropajos enormes, de trozos de lejía, de horquillas, de jabones y de mil zarandajas con que acorralaba á la mugre sin permitirle medrar ni alzar cabeza siquiera un punto.

Los muchachos pasaban juntos las mañanas en el lavadero de la casa, sombreado por enredaderas que florecían

en estrellitas blancas llenas de olor. No se oía más que el zumbido de las abejas que corrían la huerta embriagándose de miel, y el sonido rítmico, medurado, estrepitoso de la ropa que se restregaba en la losa.

— No creas, decía Flavia, que no sepa historias; conozco la de Carlomagno, la de Bertoldo, la de Faviola, y otras; pero á mí me encantan las de mi casa, que al fin la sangre sin fuego hierve... Te voy á contar lo que le pasó á tío Agustín cuando se metió al convento de monjas del Divino Verbo...

Y pasaban las horas refiriendo la prima aquellas cosas que embobaban al otro haciéndole brillar los ojos y alegrándole el corazón, sin interrumpirse ella más que para golpetear en la piedra del lavadero el montón de ropa olorosa á sol y á jabón.

Cuando llegaba la noche el chico se recostaba en el regazo de la garrida muchacha y se ponía á escuchar lo que le contaba, bien realidad ó bien producto de su inventiva, pues siendo ya mayor de edad Pepe necesitó una crítica muy sutil para deslindar lo cierto ó probable de lo dudoso ó radicalmente falso.

— Flavia, cuéntame cosas... cosas de amor, era su muletilla diaria.

Y escuchando *cosas, cosas de amor*, se dormía todas las noches.

Una de ellas estaban los dos chicos arrellanados en